

SOUVENIRS

MIGUEL MENA

Mi nuera Gloria se comportó como una mujer normal mientras no tuvo otra ocupación que su negocio, la floristería, con sus macetas, sus ramos de novia y sus centros de mesa. Sin embargo, su actitud cambió cuando le propusieron colaborar en la revista *Malva*. Fue entrar en el mundo del periodismo y sufrir una pequeña mutación. Al principio no tenía mucha importancia. En un primer momento sólo se trató de un ataque de responsabilidad. Le preocupaba cómo transmitir a los lectores todo lo que sabía de botánica hogareña, pero lo hizo tan bien que al cabo de un año le ofrecieron responsabilizarse de otra sección muy apetecible: viajes. Como se había soltado con las plantas, ya se sentía periodista y dijo que sí, que le encantaría, que le había cogido el gusto a informar y que la tienda funcionaba lo bastante bien como para dejarla en manos de la dependienta, lo cual le permitiría escaparse a visitar todo lo que fuera digno de difundir entre los lectores de *Malva*. A lo mejor pensó que eso le llevaría de las islas Maldivas, a las Seychelles, o que navegaría desde Aruba a las Galápagos por el canal de Panamá, pero su revista no era un medio especializado sino una más entre decenas de publicaciones femeninas, y las invitaciones que les cursaban para promoción turística eran menos exóticas. En concreto, su primer destino fue Almuñécar¹. Allí comenzó una costumbre que después se hizo hábito: regresar de cada viaje con un detalle para mí, una de esas cosas que sólo se le pueden regalar a una suegra. Aquella vez fue un pequeño elefante de cristal.

—Cuando le da el sol cambia de color —me explicó Gloria—. Según por donde le dé, se pone más claro o más oscuro.

Nunca aprecié ese fenómeno porque jamás lo saqué a la ventana. No lo moví del aparador donde ella misma lo colocó sin consultarme. Me quedé con ganas de preguntar cuál era la relación de Almuñécar con los elefantes, pero no quise parecer una inculta y preferí esperar a ver si lo aclaraba en su artículo. Finalmente no dijo nada de ellos. Se extendió en enumerar todas las virtudes del lugar —a mí me dio la impresión de que copiaba un folleto turístico— y recomendó vivamente a las lectoras de *Malva* que acudieran a la costa granadina para disfrutar de un turismo sosegado y familiar.

Después de Almuñécar, los viajes se multiplicaron y con ellos también el número de figuritas que poblaban mis estanterías. Prácticamente no había fin de semana en el que Gloria y mi hijo Juan no acudieran a un balneario, un hotel o una casa de turismo rural de cualquier rincón de España. No daban abasto para responder a todas las propuestas que recibían en la revista, ni yo para encontrar un hueco donde colocar cada nuevo recuerdo de su estancia. Josefina, la mujer que me ayuda a limpiar la casa, empezó a sentirse molesta con tanto adorno.

1.- **Almuñécar** es un municipio costero de la provincia de Granada que contrasta con el exotismo de los otros lugares nombrados: las exclusivas Maldivas y Seychelles en el océano Índico, la isla de Aruba en el Caribe o las Galápagos en el Pacífico. La comparación busca el contraste. Pero Almuñécar es un importante destino turístico mediterráneo, con casi 20 km de costa y una docena de playas.

–Aquí hay que hacer malabarismos para pasar la bayeta –refunfuñó un día, harta de mover objetos para sacar el brillo.

–Si le gusta alguna cosa puede llevársela –propuse como compensación.

–Pues ahora que lo dice, siempre me ha parecido muy majo este elefante.

Así me deshice del recuerdo de Almuñécar. A mi nuera le dije que la figura se había hecho añicos al caerse, una excusa que servía para deshacerse de piezas de cristal, pero no con un almirez de bronce o un crucifijo de estaño. Y la colección no paraba de crecer con las piezas más obvias y a la vez las más rebuscadas, algo muy propio de Gloria. Por ejemplo, si se desplazaban a Segovia yo sabía que regresaría con una figurita del acueducto, pero no una cualquiera sino la más historiada.

–Lleva un hueco para las pilas. Luego le das al botón y se enciende y se apaga este cartel que pone "Bienvenidos a Segovia".

–Qué bonito.

–Ya sabía que te iba a gustar. ¿Verdad que es original?

Gloria nunca me trajo algo de comer, una prenda de vestir, un complemento, algo práctico. De Cuenca volvía con un tiesto en forma de Casas Colgadas y de Ávila traía una pieza de cerámica en forma de muralla, jamás un alajú o unas yemas de Santa Teresa², nada que se pudiera consumir y olvidar rápidamente.

Con el tiempo se amplió el radio de las invitaciones. Comenzó a salir fuera de nuestras fronteras, siempre acompañada por mi hijo Juan, que le ayudaba con las fotos y las notas que después empleaba para los artículos. Seguían sin ser viajes exóticos, pero ya empezaban a tener una cierta importancia. Además de los lectores de *Maha*, mi casa fue quien más lo notó. Pronto tuve que hacer hueco para un casinito de Biarritz, una bodeguita de Oporto, un camellito de Tozeur³... Veía crecer y crecer la colección de objetos inútiles. Necesitaba deshacerme de ellos, pero no era fácil sin ofenderla a ella y poner en peligro la relación con mi hijo Juan. Mi capacidad de mentir estaba muy limitada. Apenas quedaba un hueco para buenas coartadas. No hubiera resultado creíble que todas las piezas de cristal resbalaran hasta el suelo, ni se podía extraviar más de un objeto al año sin pensar en duendes y otros fenómenos inquietantes.

Con el tiempo llegué a intuir qué nuevo estorbo adornaría mi casa a la vuelta de su siguiente viaje. Me bastaba una consulta a la enciclopedia para hacer la lista de posibles piezas, y rara vez me equivocaba. Cuando Gloria me llamó para comunicarme que se marchaban a Tailandia, el destino más lejano que le encomendaban desde su estreno como periodista de viajes, eché mano de los libros y empecé a hacerme una idea de la clase de objetos que pronto tendría en casa. Mi apuesta más decidida era por una figurita de Buda, pero tampoco descarté que se presentara con una pagoda⁴

2.- **Alajú:** pasta de frutos secos, especias y miel, típica en las comarcas limítrofes entre Cuenca y Valencia. Las yemas de Santa Teresa son típicas de Ávila.

3.- Tópicos destinos turísticos con sus correspondientes e irónicos *souvenirs*: Biarritz (Francia) es famoso por sus casinos, como Oporto (Portugal) lo es por sus bodegas y el oasis de Tozeur (Túnez) podría serlo por su ambientación del desierto.

4.- **Pagoda:** edificio muy común en los países asiáticos del sur, hecho de madera, de hasta cinco pisos. Originariamente servía a fines religiosos.

de porcelana o una figurita del puente sobre el río Kwai que silbara la música de la película⁵; y siempre quedaba un pequeño hueco para la sorpresa, para ese objeto inesperado que solía ser fruto de una compra apresurada, en el aeropuerto, a última hora, sin tiempo para elegir. Se lo comenté a Josefina, pero ella tenía otra idea más radical de lo que podían traer del lejano oriente.

–Que tengan cuidado; a ver si les van a meter droga en las maletas.

Según Josefina, el peligro está en los aeropuertos. Allí es donde los traficantes introducen paquetitos de heroína en el equipaje de otros compañeros de vuelo. Si el incauto pasa el control, el camello recupera la droga al llegar a su destino; si es detectado, entonces el culpable disimula y el turista inocente da con sus huesos en la cárcel, por lo general con una durísima condena.

Me impresionó la descripción de Josefina, basada en reportajes de la tele. No había pensado en esos riesgos. Traté de imaginar a mi nuera en la aduana con un Buda relleno de heroína.

–Es para mi suegra. Le encantan los souvenirs –diría, segundos antes de que el perro policía detectase la droga y saltara sobre ella.

Era estremecedor pensar en algo así, aunque Gloria jamás podría padecer un equívoco similar. Ella siempre era muy precavida. Nunca se dejaría engañar con un paquete sospechoso.

Sin embargo, mis previsiones sobre la tranquilidad de este viaje comenzaron a torcerse cuando recibí una llamada de la revista *Malva*. Lo primero que me extrañó fue que se dirigieran a mí, eso ya era motivo de inquietud, una sensación que creció mucho más cuando me hablaron con el tartamudeo y la ceremoniosidad con que se transmiten las malas noticias. Dijeron que habían recibido un fax, remitido por el organismo turístico tailandés que sufragaba el viaje, en el que se comunicaba que mis familiares habían sufrido un percance:

–Al parecer es grave –añadió mi comunicante–. No tenemos más datos; sólo sabemos que en este momento vuelan de vuelta hacia España.

Era un mensaje desconcertante. ¿A qué llamaban percance? ¿Un atraco, un accidente de coche, un infarto? ¿Cómo podían estar graves y al mismo tiempo viajar en avión? Pensé todo lo malo que piensa una madre en momentos así, que mi hijo se había partido la columna al caerse de un elefante o que agonizaba a diez mil metros sobre el océano Índico, víctima de una enfermedad tropical. Movilicé a toda mi familia, llamé a la embajada de Tailandia, al ministerio de Asuntos Exteriores y a unos primos de Gloria, los únicos familiares que le quedaban. Nadie sabía nada. Sólo un funcionario de la oficina diplomática me prometió que obtendría información, pero no podría ser hasta la mañana siguiente. Me desesperaba esa situación de bloqueo y falta de detalles.

Las horas transcurrieron muy lentas desde ese momento. Tenía la mirada fija en el teléfono y de vez en cuando volvía a marcar números y números de forma compulsiva, sin ningún resultado. Estaba al borde del colapso cuando recibí una llamada y, al descolgar el auricular, me dio un vuelco el corazón: la voz que escuchaba era la de mi hijo Juan.

–Acabamos de aterrizar. Enseguida voy para allá.

–Pero, ¿estás bien, hijo?

5.- *El puente sobre el río Kwai* (*The Bridge on the River Kwai*). Se trata de una famosa película bélica de 1957, ambientada en Birmania durante la II Guerra Mundial. La dirigió David Lean y ganó siete premios Óscar, incluido el de mejor película.

–Sí, sí. Estoy perfectamente.

–¿Y Gloria?

Juan se quedó en silencio y luego titubeó:

–Gloria... Gloria viene conmigo.

No quiso hablar más. Por su tono de voz deduje que algo iba mal. Nunca ha sido muy extrovertido, pero esta vez en sus palabras había algo más que seriedad.

Juan llamó a la puerta media hora después. Abrí, con la celeridad que me producía la angustia de las últimas horas, y me abalancé sobre él cubriéndole de besos, quizá atosigándole demasiado para su carácter. Cuando consiguió despegarse de mí, me di cuenta de que estaba solo.

–¿Y Gloria? –pregunté extrañada.

Entonces, solo entonces, me percaté de un detalle: Juan sujetaba en sus manos una vasija de cerámica, algo que se había interpuesto entre los dos cuando yo le abrazaba, pero que apenas había notado por la emoción del momento. Juan alzó aquel recipiente ante mis ojos y se echó a llorar.

–La mató un *tuktuk* cuando cruzaba una avenida –dijo entre sollozos.

Tardé unos segundos en comprender que aquello que levantaba ante mis ojos era Gloria, o lo que quedaba de ella tras haber sido incinerada en Bangkok⁶. Después, con más calma, Juan me lo contó todo. Gloria no había dejado nunca de mirar a izquierda y derecha antes de cruzar la calle, pero el tráfico infernal de aquella ciudad asiática había superado sus prevenciones. El *tuktuk*, una especie de motocarro usado como taxi, la arrolló al girar a toda velocidad en una curva, sin respetar un paso de cebra. Juan se salvó de milagro. Vio morir a su mujer sin posibilidad de intervenir en su auxilio, y después tuvo que soportar las declaraciones ante la policía, la autopsia, los papeleos y la incineración, como siempre había sido el deseo de Gloria, además de ser la única manera de repatriar el cadáver sin grandes gastos. Todo demasiado traumático, a pesar de lo cual aún me reservaba la última emoción.

–Antes de morir había comprado esto para ti –dijo mientras sacaba los regalos de una bolsa.

Juan me tendió un sombrero cónico, de esos que llevan los orientales cuando están recolectando arroz, y un *paipái*⁷ recortado con la silueta del palacio real de Bangkok. Me quedé muy sorprendida.

–Vaya. Pensé que me traería un Buda –musité.

–¿Cómo dices?

–Nada, hijo, nada. Que Gloria siempre fue muy detallista. Siempre. De principio a fin.

Ahora he puesto a mi nuera en la estantería. Juan quería esparcirla en las montañas, pero le he convencido para que la deje una temporada conmigo; así puede venir de vez en cuando a charlar con ella. Josefina se ha negado a limpiar ese trozo del mueble y cada vez que pasa por delante no para de santiguarse, pero no tuvo tantos reparos cuando le regalé el sombrero y el *paipái*, y además, después de todo, Gloria ya solo es otro souvenir.

6.- Capital de Tailandia. Tiene alrededor de 10 millones de habitantes.

7.- **Paipái**, o paipay: abanico en forma de pala con mango.